

La democracia burguesa

Ernst Niekisch

La democracia burguesa es una forma básica de “integración”, de incorporación de las masas en el organismo social – su subordinación a una dirección política. No es de ningún modo la directa autodeterminación del pueblo tal y como tantas veces suele autodefinirse. Es muy dudoso que, excepto para grupos numéricamente pequeños, pueda llegar a ser realmente un vehículo posible para una autodeterminación real. En la expresión “soberanía popular” queda claramente indicado que la relación de soberanía no ha quedado de ningún modo superada. Uno llega a esta conclusión, cuando contempla la democracia en su desarrollo histórico como el resultado de luchas sociales y políticas internas en las Naciones. Para ello, es necesario considerarla en su relación con las otras dos formas de soberanía, la monarquía y la aristocracia.

La monarquía es la soberanía de una familia. A través de su monopolio de la *soberanía*, se eleva como la familia más distinguida. Ella necesita de una gran autoridad para poder mantenerse en su posición sin ser discutida. Sin embargo ella sólo conservará su autoridad importunada siempre y cuando se muestre como administrador y fiduciario de los poderes particulares estamentales, así como de las intereses generales del país. Los intereses particulares estamentales son los que le otorgan protección y defensa; cuando estos intereses ven en el monarca el garante de sus privilegios, éste puede llegar a convertirse para ellos, incluso, en el símbolo de su propia existencia. Tan estrechamente llegaban a vincularse los intereses estamentales con los de la familia que representaba la monarquía, que con ésta existían y caían. Los estratos más bajos de la población estaban expuestos a la explotación de las clases más privilegiadas, pero por otro lado disfrutaban de un mínimo de protección que les permitía seguir existiendo; y este mínimo fue lo que permitió que se dejaran atrapar y dominar por el orden político-social de la época.

La aristocracia, aquí la soberanía de una nobleza hereditaria, se posiciona ante la monarquía, la soberanía de uno solo, sobre sus propios pies. El monarca ya no es la figura representativa y organizadora de un determinado orden social (estamental), éste orden social busca sostenerse por sí mismo. Los miembros estamentales se guardan para sí mismos los honores que le eran concedidos a una familia dominante en la monarquía. Ellos conforman un grupo más o menos cerrado, entrar en él le asciende a uno al más alto grado de distinción en la sociedad. La aristocracia es el poder ordenador, la cabeza del cuerpo social. Todos los privilegios les pertenecen debido a su función directora. Es sacrílego, como en el caso del monarca, el observarles a ellos o sus actos de un modo crítico para los miembros de los estratos inferiores de la sociedad. Las cámaras de tortura de Venecia, fueron uno de los medios más terriblemente intimidatorios para acallar cualquier intención crítica. La masa es atendida como en la monarquía, su bienestar es garantizado únicamente a través de los

cuerpos estamentales. A las masas les falta la capacidad para protegerse a si mismos, carecen de un nivel de preparación suficiente, son mantenidos en la ignorancia y este nivel de dependencia de las clases superiores permite la explotación. Para las clases altas, ellos son el populacho estúpido e inculto incapaz de saber por si mismos qué es lo que les conviene – y en su mayoría las clases populares también aceptan esta idea sobre si mismas.

La democracia surge como movimiento de protesta y oposición frente al orden propio de la monarquía y la aristocracia. Miembros de los estratos inferiores, sin autoridad ni derechos en la sociedad estamental, que debido a una serie de transformaciones económicas y sociales han logrado alcanzar la riqueza y el bienestar, no quieren seguir encontrándose en el desprecio social y la incapacidad política en la que se encuentran – son los burgueses. Ellos se erigen como voceros de las masas más desfavorecidas, las cuales se hallan igualmente lejos de los privilegios estamentales y por ello les resultan fáciles de seducir. En este enfrentamiento contra los privilegios forman un frente común, burgueses y masas proletarias, las diferencias de intereses entre unos y otros se desvían y desaparecen ante el enemigo uniforme. Frente a monarcas y aristócratas se proclaman como “Pueblo”. El sentido de su movimiento es expulsar la nobleza. El “Pueblo” que se quiere autodeterminar, es en realidad un grupo de plebeyos enriquecidos, nuevos ricos, aquellos burgueses que han logrado llegar a algo económicamente y que ahora también quieren llegar a algo social y políticamente. Este grupo usa el idioma del hombre común para obtener así el puesto de representante de éste, su dirección, frente a los privilegiados. Así consiguen ellos un apoyo en las masas con el que poder transformar el orden anterior para su beneficio particular. La democracia es el gobierno, la soberanía, del estrato burgués, que ha convencido a las masas que entre ellos no existe ninguna contradicción de intereses, que cuando ellos se autodeterminan también la masa proletaria logra a su vez la autodeterminación para si misma.

Fue una ficción, pero la ficción funcionó y fue aceptada como verdad. El “Pueblo” se ha elevado a la soberanía frente a los poderes anteriores, este era el argumento de la fábula convenida. En realidad el estrato social de los nuevos ricos, los burgueses, sólo habían empujado a la aristocracia contra la pared para ponerse a si misma en la parte soleada; ellos simplemente cambiaron el orden de soberanía a su favor. La acción contra los antiguos señores queda del todo completada, cuando éstos se ven forzados a integrarse en el nuevo orden.

De los aristócratas, tal y como sucedió en Inglaterra, deviene la alta burguesía. Este es el modo mediante el que ellos descendieron al “Pueblo”. Entre tanto el Pueblo, las masas, permanecen como objeto del poder, la nueva clase alta, privilegiada, no va a renunciar de ningún modo a su rango superior a favor de ellos. Sólo que ahora la masa no debe percibir que ella permanece abajo. La nueva clase alta no se muestra en su condición privilegiada tal y como anteriormente sucedió con la aristocracia o la monarquía. Ella se disfraza como si fuera uno mas, ella no llama teatralmente la atención: ella aparece como si no existieran diferencias. Ella tampoco se cierra inaccesible, sino que acepta de grado los elementos más brillantes, y trepadores, del proletariado. No sólo para rejuvenecerse, sino sobretodo para quitarle a las masas las mejores fuerzas haciéndolas propias y prevenir también la aparición de

cualquier movimiento de oposición peligroso. Pues un esfuerzo concentra ahora la mayor atención entre la nueva clase dirigente: no permitir ninguna conciencia de oposición entre ellos y la masa explotada. Cada burgués se presenta como un “hijo del pueblo”; la igualdad de derechos, que es introducida formal y pomposamente, debe extender la apariencia de que todos son iguales. Con cautela se desvían las miradas de las grandes diferencias de patrimonio, privilegios y poder; éstas son tratadas como casualidades insignificantes y sin importancia. La propaganda también puede construir o exagerar las historias de hijos del proletariado que alcanzaron su privilegiada posición. Las masas deben creer que ellos y la clase alta son una sola y única cosa; precisamente es esta sensación de unidad, en la que se encuentran la masa y la clase dirigente, la premisa básica de la que en la democracia surge la idea de *Pueblo* como acontecimiento (1). La idea de pueblo, une la clase dirigente y la masa; la democracia es el aparato político mediante el cual esta unidad aparente es realizada a nivel institucional.

Democracia es un concepto político originario de la antigua Grecia. En aquel tiempo nunca fue entendida para concederle sus derechos a los esclavos, sino que sólo los ciudadanos libres contaban como “pueblo”. La asamblea popular en el ágora era soberana en tanto que se apropiaba de toda competencia de gobierno, cada puesto de la administrativo podía ser ocupado por cualquier ciudadano libre por votación o por azar. Donde las instituciones funcionaban, le era insinuado a cada ciudadano libre, el cuidar el sentimiento de que él tenía cosas que decir y que podía participar. Pero los verdaderos gobernantes, los ricos y poderosos, permanecían a la sombra; desde la oscuridad compraban votos, movían a sus asalariados, ponían sus numerosas influencias en funcionamiento – siendo los verdaderos gobernantes, por encima de los incautos que vivían en la fantasía de que participaban en todo aquello. Justamente la circunstancia de que actuaran desde lo oculto, desde donde no se les podía atacar o capturar, pero manejando las masas en público, marcó la superioridad de la democracia frente a la aristocracia – ésta perdió su “*popularidad*”. La democracia era una cosa del pueblo, de la masa, y no la mera cuestión de un elegido o de una minoría.

El prestigio de la democracia no quedó excesivamente afectado por el hecho de que en muchos casos el grado de participación se limitara en base a criterios de nivel de patrimonio. La eliminación de estas limitaciones, que normalmente deberían haber sido el camino natural hacia una verdadera realización de la “*soberanía popular*”, fueron contempladas como degeneración, depravación, decadencia y estigmatizado como **Oclocracia**, “*el gobierno del populacho*”. En realidad, el gobierno del populacho consistía en aquellos casos en los que la capacidad de control e influencia de los poderes fácticos eran interrumpidos o anulados por algún motivo, las masas quedaban liberadas y no seguían sintiéndose ligadas a sus obligaciones para con la clase dirigente, fracasando así el objeto fundamental de la democracia.

El anhelo de toda clase dirigente es mantener a los gobernados en calma,

adormecer sus intenciones críticas, no permitir que afloren dudas sobre el sistema usado, imposibilitar sus cuestionamientos, y taparles la boca si es necesario. La ostentosa representación de la aristocracia feudal, sorprende, intimida, hace enmudecer, lleva a la admiración y maravillamiento a los plebeyos, que así bajan la cabeza sumisos. La fuerza ejercida, la explotación, se muestra soportable porque los que la ejercen se imponen a través de la excelencia de sus decorados. De lo que se trata es de marcar las diferencias al máximo convirtiéndolas en inviolables. La nueva aristocracia del dinero, en cambio, no hace uso de ese aspecto imponente: ella educa parásitos y no siervos sumisos. Ella tiene todavía una necesidad mayor que los antiguos terratenientes de disfrazarse, pero en este caso de un modo del todo distinto. La *"soberanía del dinero"* mueve los más altos instintos del hombre contra sí mismo, si se la contempla como dominación. Cuando se muestra alguna contradicción contra ella debe en seguida apaciguar, encubriendo y negando su carácter dominador y explotador. No existe ningún órgano que disfrace mejor el carácter dominador de la *"soberanía del dinero"* que la democracia; ella es el más notable encubridor del carácter dominador de la plutocracia.

En el lugar del ágora de la antigüedad, se presenta en las democracias modernas el parlamento; éste es un comité del pueblo. Éste es votado, y cuanto más generalizado esté el derecho a voto, más democráticamente válido se le considerará. Cuando todo ciudadano mayor de edad, de cualquier sexo, sin importar su empleo o posesiones, puede votar y ser votado sin reservas, se ha cumplido con la exigencia democrática esencial – el sufragio universal. Toda la actividad política del pueblo consiste en su acto de votar, es el acto mediante el cual cede sus poderes y soberanía a sus elegidos. Esta cesión de poder debe tener lugar sobre unas bases convenidas: el pueblo en su masa es totalmente incapaz políticamente, es necesario un órgano para la acción política, que lo represente y dirija. El parlamento es ese órgano (2).

Ahora exige la lógica democrática que este órgano sea algo más que decorado o un punto de expresión y desarrollo de la oposición en el que poder tenerla controlada tal y como sucedió en Alemania hasta 1918 (3). El "Estado" es según su esencia la sustancia de la burocracia administrativa, judicial y militar que es establecido y organizado para la observación de los intereses de una clase dominante; él es el instrumento de dominación de la clase dirigente. La democracia tiene la tendencia de desmontar toda forma de vida propia a esta burocracia. El funcionario debe ser una mera herramienta, sin espíritu ni carácter propio, al servicio del Estado, que se halle en una dependencia sin condiciones del parlamento. Debe ser únicamente especialista en resolución de tareas, pero sin pensar por sí mismo. Eso ya lo hace el parlamento por él.

Todo pueblo está dividido en su seno por las contradicciones de intereses de las diversas facciones y sensibilidades que conviven en su seno. Estos intereses encuentran en los partidos sus órganos de expresión. En el parlamento es llevado a cabo un compromiso: aquel que se subordine a unos determinados códigos basados en los intereses generales de los ciudadanos (4), a los que se deben subordinar todos los intereses particulares o de partido. Este *"interés general"* viene garantizado en la base constitutiva de esa

ordenación (LA CONSTITUCIÓN) y su puesta en duda es un acto prácticamente sacrílego dentro del orden democrático(5). Sólo los partidos que se comprometan con estos “valores” serán considerados como “serios”, mientras que aquellos partidos que no los garanticen serán perseguidos, vejados o marginados. De este modo la democracia permanece como una organización de dominación burguesa, cuyo funcionamiento está garantizado siempre y cuando las masas no usen su derecho a voto como arma contra los intereses burgueses – es decir, siempre y cuando sigan votando a los partidos “serios” (*constitucionales*). Si esto llega a suceder, se muestran los intereses burgueses inmediatamente dejando muy claro que estos no están dispuestos a permitir que se les rompan el invento sin reaccionar.

La democracia burguesa moderna es la realización del sistema parlamentario (6). Ésta es la maquinaria mediante la cual la determinación general popular es transformada en poder en manos de una minoría con poder decisorio en los acontecimientos prácticos del día a día. El efecto que ésta debe llevar a cabo es el de que el Pueblo viva en el convencimiento de que nada acontece sin su consentimiento expreso.

NOTAS:

(1) En la actualidad se usa más el término “ciudadanos” y “ciudadanía” debido al desgaste que sufrió la palabra “pueblo” durante los regímenes nacionalistas y fascistas de mediados del siglo XX, particularmente en Alemania – casualmente en el idioma alemán la palabra ciudadano y burgués se unen en una sola: “Bürger” – e Italia.

(2) En una relación muy similar al de la aristocracia en el período feudal, que gobierna a una masa a la que es considerada incapaz de saber lo que le conviene.

(3) Año del fin de la Primera Guerra Mundial y de la caída del Segundo Reich y la monarquía "constitucional" de los Hohenzollern, quemanténía al parlamento bajo control.

(4) De nuevo existe una polisemia. Del mismo modo que “Bürger” significa a un tiempo burgués y ciudadano, bürgerlich significa burgueses y ciudadanos (adj.). El autor juega con esta polisemia.

(5) Del mismo modo que fue en otro tiempo sacrílego el cuestionamiento de la figura del monarca o del aristócrata.

(6) Éste ya existía con anterioridad.

Texto descargado de:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
2007